

Año IV. Barcelona 19 de Septiembre de 1890. Núm. 171



Periódico literario, ilustrado

Administración: Vertrallans, 3, 1.º
Horas de despacho: de 2 á 4 tarde

Preios de suscripción
Barcelona. . . . 1'50 pias. trimestre
Provincias. . . . 5 " semestre

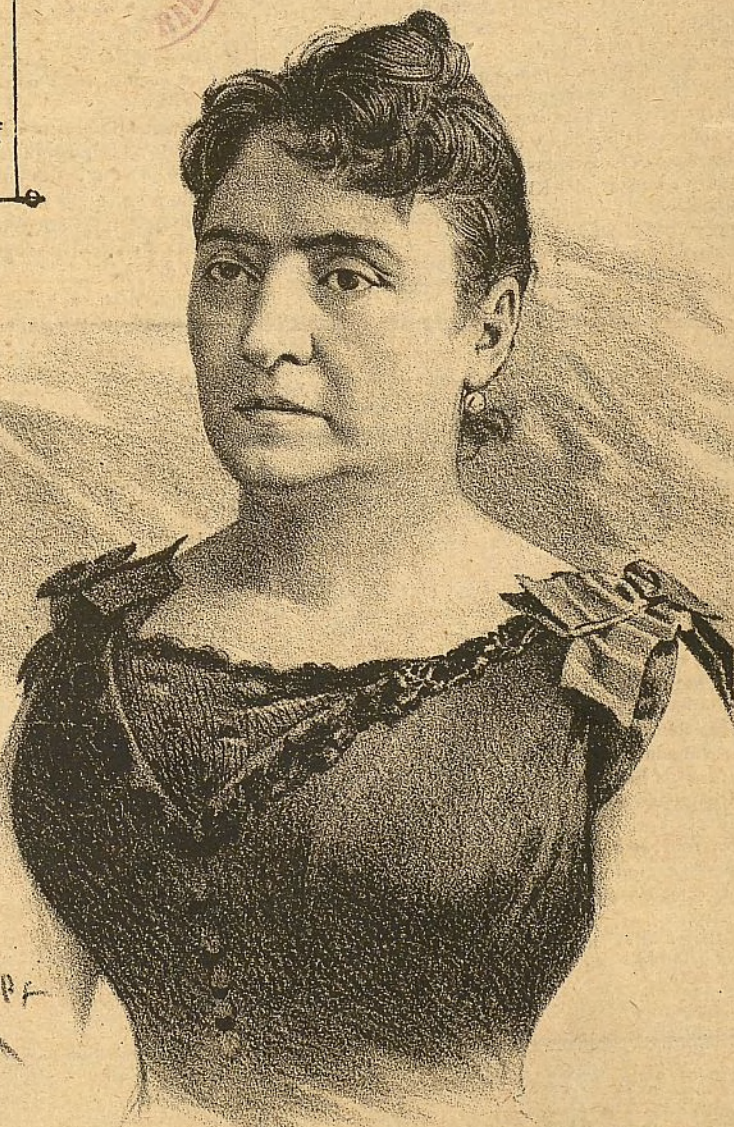
Números atrasados: 1 real.

LA Semana Comica

LIT. MIRALLES. UNION IV.

DIRECTOR: J. FERNÁNDEZ DE LA REGUERA

NUESTRAS ACTRICES, POR ESCALER.



BALBINA VALVERDE

Ayuntamiento de Madrid



A Dios gracias, el caciquismo no ha echado en Cataluña tan hondas raíces como en Asturias y Castellón que ya no se llama «de la Plana.»

Aunque sigue siendo de la plana... mayor del Duque.

El problema obrero planteado en nuestras fábricas nos hace mirar por encima del hombro las disputas de los politiquillos.

Es decir, que aquí la cuestión de las chimeneas, apaga la política de campanario.

Somos una verdadera excepción en el *vigente* feudalismo político, que no es un feudalismo medioeval, sino medio loco.

Verdad es que sólo ruinas quedan de los antiguos burgos y castillos roqueros y que desaparecieron para no volver los señores de horca y cuchillo y los castellanos de pendón y caldera, mas hay por esos mundos casas solariegas más temibles que los legendarios burgos del Rhin, y grandes propietarios que son señores de urna y voto, y castellanos de estanco y credencial.

Los gobiernos, que envían para extinguir la langosta, wagones y más wagones de gasolina ¿no podrían enviar de cuando en cuando, una remesa de *moralidina* contra esa otra plaga de las comarcas rurales?

Lo ocurrido en Castellón demuestra que los valencianos quieren que el ardiente calor de un «sol de justicia» sustituya a la fría luz de la «luna de Valencia.»

Y las denuncias de la prensa asturiana nos dicen que el caciquismo, como D. Pelayo:

hace al astur volver de su desmayo.

Ya s: ha dado el grito contra toda clase de *Pan-torrillas*.

Quiera Dios que el caciquismo, alarmado, exclame antes de mucho:

—Piernas ¿para qué os quiero?

Háblase de establecer en Barcelona un «Museo de reproducciones» como el que hay en Madrid a espaldas del Museo de Pintura.

No cabe dudar de la oportunidad del proyecto. Porque la historia de las huelgas demuestra que nuestro pueblo siente verdadera vocación por las reproducciones.

Bajo-relieves del Parthenon, estatuas de Fidias y de Praxiteles, todo el tesoro escultórico de Grecia vamos a tenerle entre nosotros, vertido al yeso, por supuesto.

—Mira — dirá alguno ante el grupo de *Laconte*.—este debe de ser el hallazgo del boa del Retiro.

—¿Dónde has visto un boa tan blanco? Mejor parece esto la expulsión de la solitaria.

—¡Cá!—añadirá un tercero bien enterado de cosas municipales:—esto es símbolo de la gestión administrativa de algunos concejales.

—¿De veras?

—Sí señor: un verdadero lío.

—Aquí tienen ustedes — exclamará un *cicerone*—la estatua colosal del «Nilo y sus afluentes.»

—Vamos, si; como quien dice, la Rambla y sus boca calles.

—Eso es; el viejo tendido es el Nilo y los niños que le rodean los riachuelos de Egipto.

—Está muy propio, pero hace pensar en otra cosa.

—¿En qué?

—En los héroes de la yernocracia, dando en el suelo con el viejo sistema parlamentario.

La pública exposición de todas esas obras del arte clásico será provechosa para los aprendices de pintor que vayan a copiar «del antiguo»—como ellos dicen—y no menos útil para el resto de los barceloneses que no gusten de meterse en dibujos.

Algún pesimista, ante la Venus de Médicis, derramará lágrimas por la agricultura española.

Que, como la Venus clásica, carece de brazos, según dicen.

—Pero, hombre ¡por Dios!—exclamará un timorato—¿no es una vergüenza que expongan al público tanto personaje desnudo?

—Bien se vé que usted no es artista. Está usted delante de lo más notable de Grecia.

—Si, ya lo veo; lo más notable de Grecia... saliendo del baño.

Algún dirá, examinando los desnudos de estatuas yacentes y de estatuas en pie:

—No me extraña a mí que el pueblo helénico viera tan á menos.

—¿Por qué razón?

—Porque allí, según se vé, el que no estaba desnudo estaba caído.

Veremos allí toreros famosísimos, bustos mutilados y estatuas lisiadas, cuyo mérito sólo podran apreciar los muy inteligentes.

—¡Jesús me valga! A este dios, ó lo que sea, le faltan la cabeza y los cuatro remos.

—¡Oh! Es un torso de gran valor artístico.

—Pues mire Vd., nadie lo diría.

—¿Que nó?

—Es claro ¡si esto es una cosa sin pies ni cabezal!

La estatua clásica del Discóbolo llama siempre la atención en esta clase de Exposiciones.

—¿Por qué corre ese hombre, mamá?

—No sé que decirte, hija; sin duda habrá robado esa tapa de tinaja que lleva en la mano.

—No señora—advierde un empleado:—ese es un tirador de discos en los juegos olímpicos.

Y hay quien vé otro símbolo político en tan valiente figura.

Un jefe de partido haciendo propaganda y sembrando *Círculos* por doquiera.

Pero no adelantemos los sucesos y esperemos á que el Museo se abra para ver en él las estatuas y los grupos clásicos.

Es decir, esto de los grupos será lo que tase un sastre.

Porque quizá no los permita el gobernador.

Ya hay moros en la costa.

O un poco más adentro, según afirman.

Los moros de rey enviados por el Sultan para guardar los límites de Melilla.

Con lo cual estamos peor que estábamos.

Porque antes, siquiera nuestro dominio en Africa «no tenía límites» y eso era lo que convenia consolidar.

A juicio de los impacientes, han llegado demasiado tarde dichos refuerzos.

Pero hay que tener en cuenta que *morosidad*, ó no quiere decir nada, ó quiere decir «cosa de moros.»

Según cálculo aproximado, los moros recién venidos pasarán de ochenta.

Mas ¿llegarán á ciento?

Para mí es indudable que llegarán.

Porque, más tarde ó más temprano, tendremos que enviarles á ese significativo número.

LUIS ROYO VILLANOVA.

HISTORIA VULGARISIMA

A Juana, chica de airoso porte, que era la diosa de su lugar, la dió la idea de irse á la Corte con el objeto de prosperar.

Pególa un día cuatro sopapos su padre y ella se incomodó, mandóle al cuerno, cojió sus trapos y haciendo un lío, se las lió.

Allá en la Corte, torturas crueles el infortunio la hizo sufrir; ni con anuncios en los papeles lograr hallaba donde servir.

«Ojo. — Una joven bien educada en cualquier parte colocación desearia como criada;

10, Sombrerete, darán razón.»

Salió este anuncio próximamente catorce días en un papel; mas, por desgracia, no hizo la gente lo que se dice ni caso de él.

Sintió la chica los muchos males que su imprudencia la acarreó y, sobre todo, los 30 reales que en los anuncios se malgastó.

Juana su fuga pagó con creces; inútilmente la pobre en las soldadas de otras pensó mil veces y en los soldados bastantes más!

De sus desdichas, si bajo el peso la pobre moza no sucumbió, fué solamente por un suceso que por fortuna le acaeció.

Hambrienta y sola vivia Juana teniendo siempre la honra en un tris, cuando en la calle cierta mañana encontró á un joven de su país.

El chico, un chico muy elegante,

y muy simpático y muy bribón, habló á la joven, y en un instante supo cual era su situación.

De su existencia las amarguras tuvo al paisano que relatar, y eran tan grandes sus desventuras, que la muchacha se echó á llorar.

—¿Por qué sollozas? —¿Por qué sollozo?

Porque no sirvo... —¿Quién á decir se atrevería, la dijo el mozo, que tú no sirves?... ¡No has de servir!..

Mas... ¿tú criada?... No lo tolero... ¿Tú, tú que vales más que un Perú?..

Para señora, si sirves; pero para sirvienta no sirves tú...

Con esos ojos, con ese talle ¿cómo es que vives en la estrechez de una buharda sita en la calle del Sombrerete, número 10?..

Ser tu criada fuera una afrenta. ¿Tú entre fregonas?... ¡Eso jamás!.. Eres tú mucho para sirvienta; vente conmigo y ama serás... —

Y aquella joven, cuya honra estaba constantemente casi en un tris, por si su suerte se transformaba, siguió al muchacho de su país; el cual, lectores, lo prometido cumplió más tarde de un modo fiel; yo lo deduzco de lo leído hace unos días en un papel.

Viendo este anuncio, pronto se pesca en qué se funda mi afirmación:

«Ama de cria con leche fresca; 10, Sombrerete, darán razón.»

FERNANDO SEGURA.

CONTRA LA MALEZA

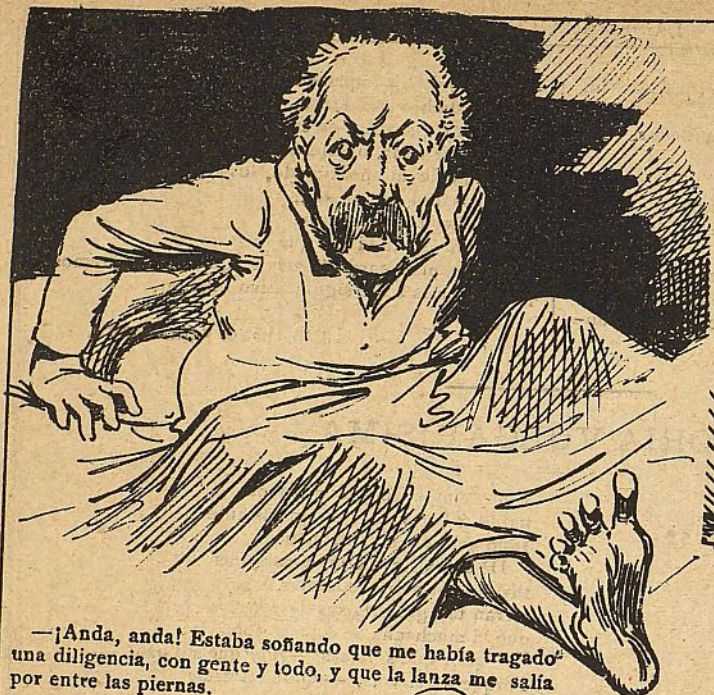
I.

Viendo el padre de Juan que Juan un día arrancar con la mano pretendía la maleza que á un lado y otro lado

del campo se extendía:

—¡Valgame Dios! le dijo:

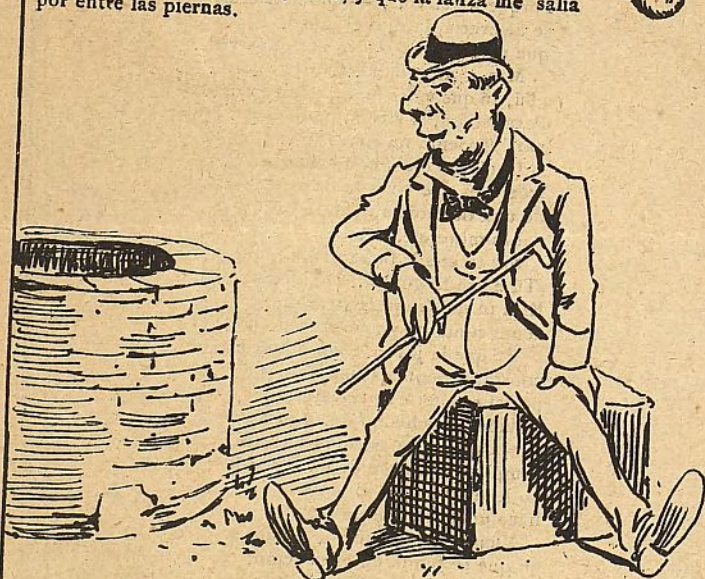
¡de locura, sin duda, estás tocado!



—¡Anda, anda! Estaba soñando que me había tragado una diligencia, con gente y todo, y que la lanza me salía por entre las piernas.



—¿Cuántos tienes?
—Veintitres
—¿Años, eh?
—No: novios



—... porque, despues de todo, ¿qué es un pozo sino un aparato de profundidades?

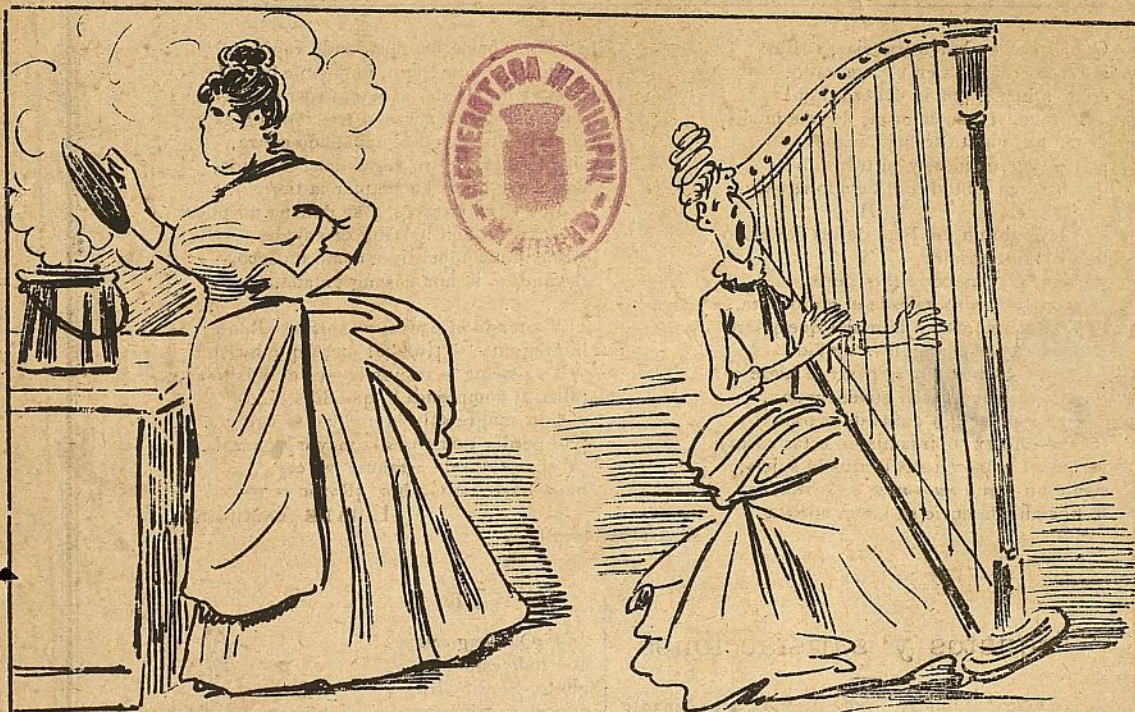


La Tuerta me ha confiado que salió con el Tarugo á cenar en un colmado, ¡Si los pillo, los madrugo!



—Vaya, está visto: en cuanto yo me echo al campo... ¡ni mosquitos!

COMO HA DE SER LA MUJER, POR M. GONZALEZ.



Para el materialista

Para el romántico



Para el estoico

Para el positivista

Que eso es en balde trabajar, colijo;
si crece la maleza en el sembrado,
coge la hoz... ¡y á la maleza, hijo!

Porque, si bien se mira, de este modo
es natural que tu trabajo acabes
con mayor rapidez, y tú bien sabes
que para un labrador el tiempo es todo.

II.

Y oyendo un día Juan detrás del muro
una voz que suspira,
y que él de conocer está seguro,
se asoma al muro y desde el muro mira.

Y al contemplar á la mujer que quiere
con cierta dulce languidez sentada
junto á otro mozo, á su pesar le hiere
la punta de una flecha envenenada...

Oye... no sé qué cosas deliciosas
(cuando no existe infamia en estas cosas);
ve que el mozo en sus brazos la sujeta;
siente un sordo *rum-rum* en los oídos,
la hoz afilada entre su mano aprieta,

y avanza hacia los dos dando rugidos.

Quieren huir ¡pero, imposible huida!
pues se hallan de tal modo sorprendidos,
que es su traición casi á traición cogida;
contra ellos luego el engañado cierra,
siendo más diestro en arrancar su vida,
acaso que antes en limpiar la tierra...

Los vé en el suelo, y se detiene un poco;
lanza al fin una horrible carcajada
y abandona aquel sitio, como un loco,
llevándose la hoz ensangrentada...

Y cuando el padre, de sorpresa lleno,
le pregunta: — ¡Infeliz! ¿pero qué hiciste?
— Tu sistema — responde — es el más bueno...
¡Mira si comprendí lo que dijiste!...

Con sangre sólo la maldad se cobra...
¡No perder tiempo es la mayor riqueza!...
¡Y si se trata de arrancar maleza,
nada hay como la hoz! ¡Razón te sobra!

LUIS DE ANSORENA.

Disgustos y satisfacciones

San Pedro es una bellísima persona, muy amante del cumplimiento de su obligación. Desde que recibió la credencial de portero del Cielo, no sólo recibe con la galantería que le distingue, á las almas de los bienaventurados, sino que revisa con gran escrupulosidad la correspondencia oficial que á diario le llega por el correo. Forma sus montoncitos de oficios y los presenta en los diferentes negociados celestes.

No sucedía lo mismo con su antecesor que, dedicado á la vida contemplativa, apenas si empleaba quince minutos en hacer el *apartado* del correo.

Para ahorrarse trabajo, había hecho una división muy sencilla de los documentos dirigidos al Cielo, en documentos de *satisfacción* y documentos de *disgusto*, que metía en dos nubes diferentes.

Abría un oficio que, como la mayoría de ellos, empezaba: «*Tengo la satisfacción de participar á...*» ó bien «*He visto con satisfacción que...*» No leía más y lo echaba en la nube de las satisfacciones.

Abría otro y, si comenzaba: «*Tengo el disgusto de participar á...*» iba á la nube de los disgustos.

Los empleados de los negociados celestes estaban contentísimos, sin tener de que ocuparse.

Los estantes y los cajones de las mesas, vacíos de papelotes.

En cambio, junto á la portería había dos inmensas nubes llenas de *disgustos* y *satisfacciones*.

Alguna vez le pasó por las mentes prenderles fuego, pero no era posible. ¡Fuego en el cielo!



— ¿Qué hago yo con todo esto? preguntó San Pedro al portero saliente.

— No lo sé; soy perdido si se entra de ello la Corte Celestial. Arrójalo poco á poco sobre la Tierra.

Por no perder á su compañero, San Pedro guardó silencio acerca del contenido de las nubes, y, poco á poco, nos está mandando ya *disgustos* ya *satisfacciones*, pero con método y con muy buen criterio. Si al abrir la correspondencia diaria se encuentra con un oficio de los de «*disgusto*», coge un disgusto de la nube que los contiene y lo arroja sobre la Tierra.

Una cosa semejante hace con las *satisfacciones*. Así es que tantos *disgustos* ó *satisfacciones* van de la Tierra al Cielo, otros tantos vienen de allá sobre nosotros.

En este año, indudablemente, hemos dado motivo á que el representante de San Pedro en este planeta mande al Cielo muchos oficios de los que empiezan «*Tengo el disgusto de participar...*» Vean ustedes por qué somos víctimas de tantas calamidades conocidas con los nombres de *dengue*, *cólera*, *viruela*, *difteria*, *sarampión*, etc., etc.

También ha caído alguna satisfacción que otra.

La mayor ha sido una de las que entran pocas en libra.

Tener un barco de guerra epi-supra-archi-perfectísimo.

El «*Maria Teresa*.»

Las noticias que de él hemos leído no pueden ser mejores y más unánimes.

Ya me lo esperaba yo. Un barco que se gasta unos miles en juerga y dice á los corresponsales:



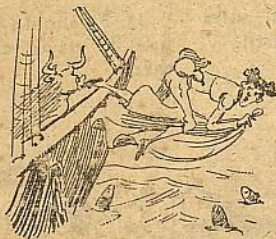


—*Too está bagao*, tiene derecho á ser un Excelentísimo é ilustrísimo señor barco, mal que les pese á los destructores del Nervión.

Celebraré que salga todo verdad; que no sea uno de tantos camelos á que nos tiene acostumbrados la prensa llamada seria; que no suceda lo que con «El Peral» que empezó siendo *O terror dos mares* y se está quedando en un renacuajo de charca, gracias á unos y á otros.

Como todo, hasta la primera comunión de los colegios de señoritas, hay que solemnizarlo con toros, también el «*María Teresa*» ha dado su corridita.

Los verdaderos aficionados esperábamos sería la corrida á bordo; pudieron encerrar-se los toros bajo cubierta y sacarlos á la lidia con un motor; para palcos los puentes, y las bordas, barrera. Claro está que el mar quedaba convertido en callejón y no hubieran podido tomar parte otros



diestros que el *Marinerito*, el *Ostion*, el *Pescadero*, el *Regatero*, el *Merlusa*, y algunos otros peces más ó menos escamados.

Yo, la verdad, tengo mis dudas de la bondad del «*María Teresa*»; porque, la que yo digo: Cuando el más caracterizado é inteligente en cosas de Hidroterapia naval, que es el Dr. Cerezo—hoy por hoy—nada ha dicho acerca del particular ni se ha manifestado... ¿qué quiere usted que le diga? tengo mis recelos.

Esta es otra.

Otra satisfacción caída de la nube aquella.

El Dr. Cerezo, que ha de heredar el trono callejero de Ducazcal.

Hacia mucha falta un segundo *Celipe pa tiberios* civico-patriótico-populares con baile en la vía pública.

El *Estado llano* ó á la *patalallana*, ó simplemente pata, necesita un presidente ó dos que le den carácter.

La verdad es que, con un público como el de Madrid, serio é instruido, y dirigido por eminencias científicas como Ducazcal y Cerezo, se va á cualquiera parte.

MELITÓN GONZALEZ.

MONÓLOGO DE UN SOLTERON

I

—¡La mujer! quiero adquirirla sin el deber de aguantarla; con el derecho de amarla y hasta el de sustituirla.

Hermosa, dulce y amena, que cuide de mi persona; una especie de patrona barata, bonita y buena.

Y aunque hasta hora se recata, en este anuncio esperaré verla como la soñé: buena, bonita y barata.

II

Díce: «Una joven viuda de un intendente, desea un caballero solo y decente.»

Y yo que en la anunciante no temo el dolo, me presenté á la viuda decente y solo.

Mil realitos mensuales con la asistencia; creo que en el ajuste tuve decencia.

Verdad que ella *es bocatto di cardinale*;

vale mucho la viuda ¡vaya si vale!

Y ¿es la mujer que sueño?

Ecco il problema.

Se llama Clara. ¿Y cómo doy en la yema?

Aunque vivimos juntos hace dos días y quiero conquistarme sus simpatías,

no sé cómo se arregla que no la veo; viene á casa á las horas que yo paseo.

Y entra en mi gabinete, no cabe duda; este aire perfumado es de la viuda.

Este orden, este gusto todo es de Clara; aquí veo su mano; pero ¿y su cara?...

«Un caballero solo»

—dice el anuncio— más soledad como esta yo la renuncio.

¡Si me creará tan tonto y tan zopenco!...

La *Soledad* me gusta por lo flamenco.

Haya «entre santo y santa pared de canto»;

pero ¿es santa la viuda ni yo soy santo?

¿Es que ya, á los cincuenta, me dan de baja?

¿Soy, con esta figura, costal de paja?

III

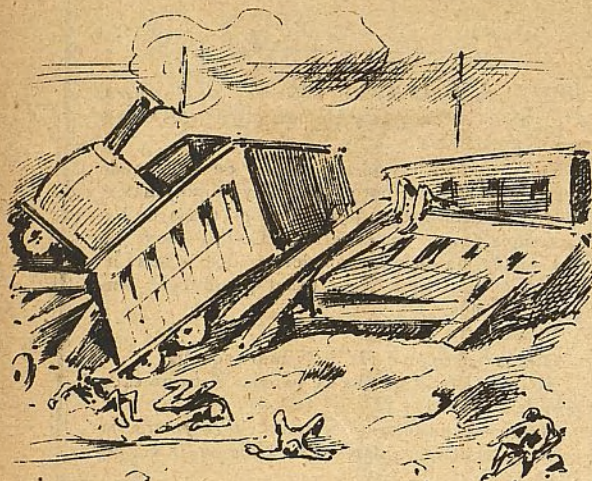
Esta noche en el palco de la marquesa, he sufrido una triste fatal sorpresa.

Allí fué el héroe un pollo de veinte abriles, de esos que tienen aire de zascandiles

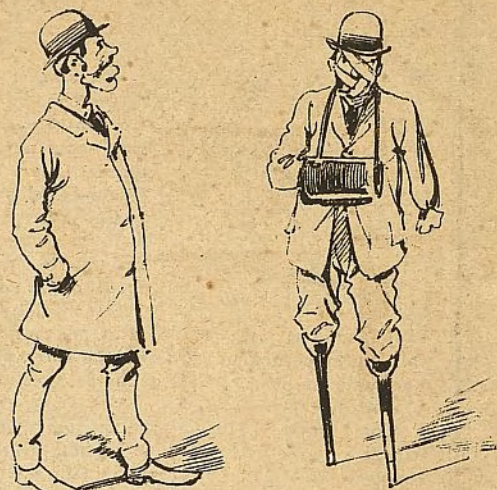
y que insultan á un hombre con la sonrisa, sacándose los puños de la camisa.

Y allí fué á hablarme de años

LA SEMANA CÓMICA
LOS DESCARRILAMIENTOS, POR CILLA.

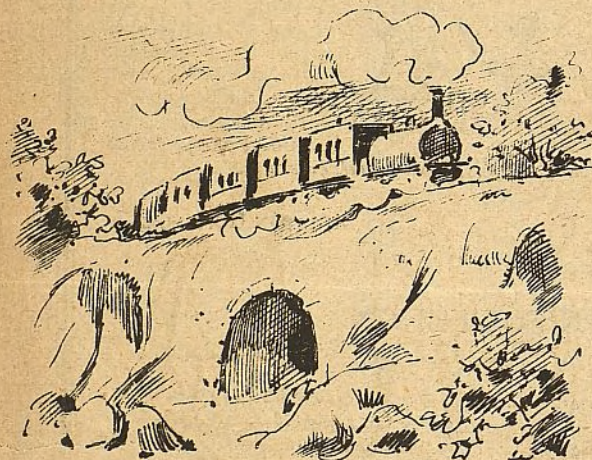


Lo que es en España el pan nuestro de cada día.

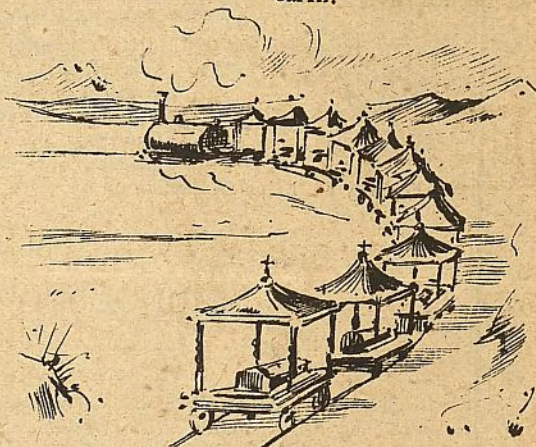


D. Fulano de Tal, antes de viajar en ferrocarril.

D. Fulano de Tal, después de viajar en ferrocarril.



Cómo serán los trenes á la salida.



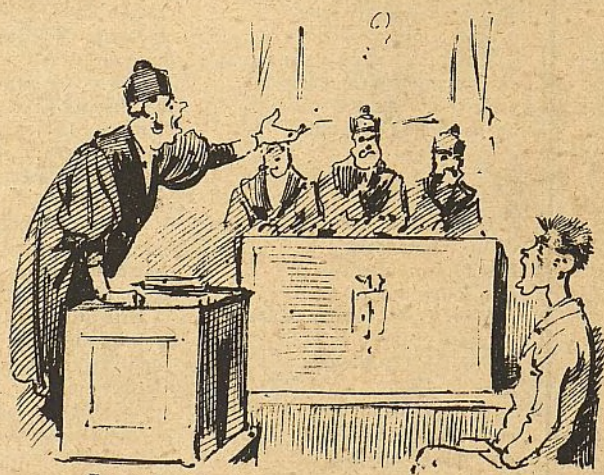
Cómo serán los trenes á la llegada.



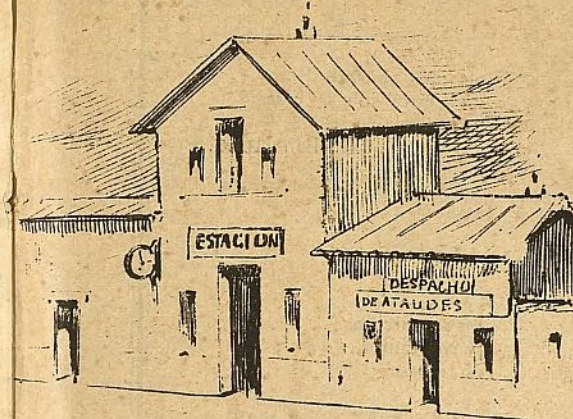
—...en cuyo folleto demuestro, fundándome en la estadística que de todas las estaciones. las que más contingente proporcionan á la mortalidad son...

—Ya lo sé: las de verano y otoño.

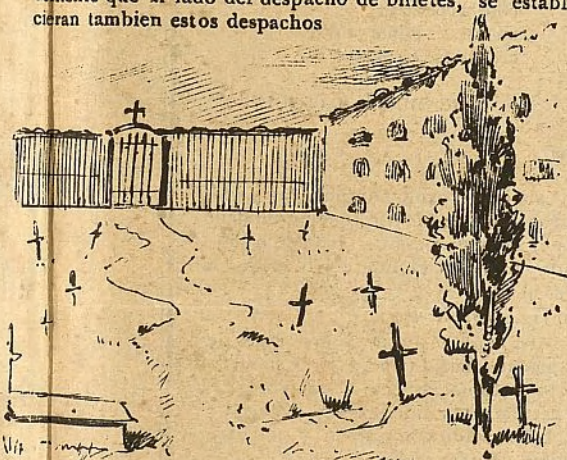
—¡Quía, no señor!: ¡las de ferrocarril!



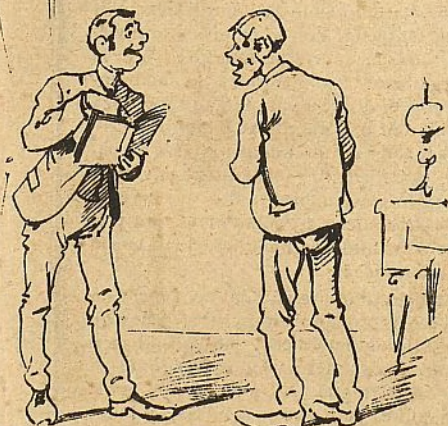
—Por todo lo cual, y atendidas las circunstancias agravantes de alevosía, ensañamiento, nocturnidad y reincidencia que concurren en el procesado, pido que se condene á este á hacer un viaje en ferrocarril.



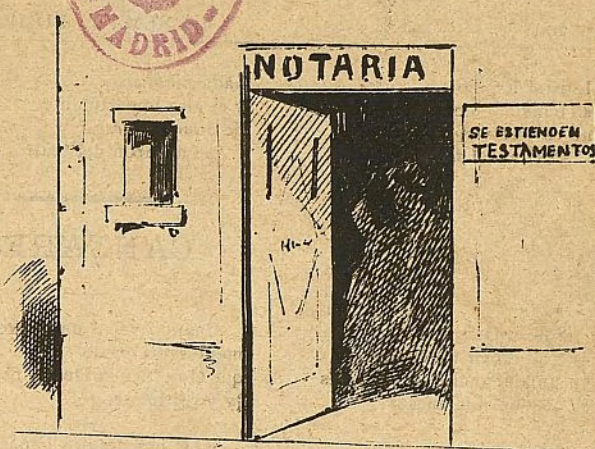
En vista de lo cual ¿no les parece á Vdes. que sería conveniente que al lado del despacho de billetes, se establecieran también estos despachos



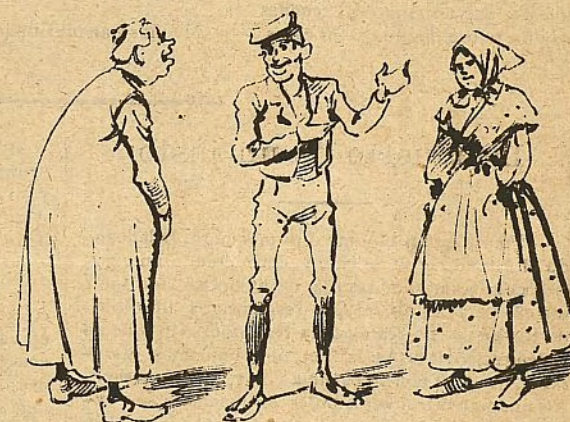
Bien que, tratándose de viajes en ferrocarril, y por España, la estación de llegada será siempre esta.



Figurate tú que dice que el Conde se vá á Gijón en ferrocarril y luego lo pinta sano y bueno ¡Para que veas tú si son inverosímiles estas novelas!



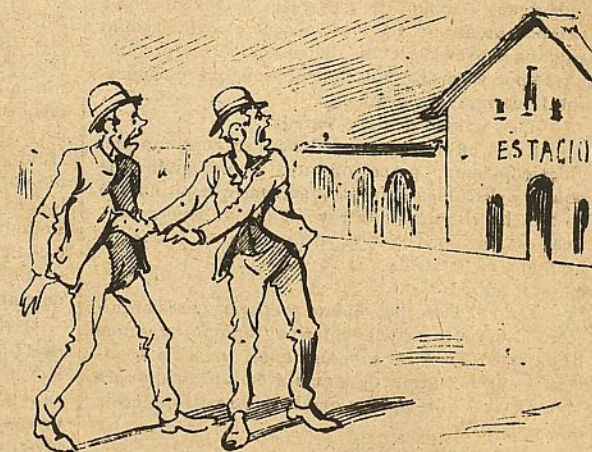
y estos:



—¿Y dice Vd. que dentro de una hora ha de tomar V. el tren?

—Si señor; así es que li agradecería que mos casara deseguida.

—¡Ah, bien! entonces es un matrimonio *in extremis*.



¡Cielos! ¡Una estación! ¡Huyamos!!

Luisita Espejo.
«Todavía—me dijo—
no es usted viejo.»
¡Ay! aquel *todavía*

nada piadoso,
y el aire impertinente
de aquel *gomoso*,
me echaron del teatro

más que aburrido,
y así estoy solo en casa
¡tan divertido!!...
E. BUSTILLO.

CANTARES

Sólo a Dios le pido
que, al morir mi cuerpo,
en un rincón de Asturias
se queden mis huesos.

—
¡Si lo confiesan todos
los criminales!
¡Como tus ojos negros
no hay dos puñales!

—
Cuando veo á un rico,
quedo meditando
que yo, que no tengo ni coches
soy un pobre diablo. [ni casas,

—
Cuando veo á un pobre
meditando quedo
que él no tiene ni lecho ni mesa...
¡y yo si los tengo!

—
¡Que haya tantos generales
y que algunos solo sepan
cuatro generalidades!

—
Eres una perla, niña,
y si yo fuera un diamante...
¡figúrate qué sortija!

—
Muchos ganados tienen

los pastorcillos...
¡y con tantos *ganados*,
están *perdidos*!

—
No extrañes, niña, si yo
el alma entera perdí;
que el alma que Dios me dió
todita la puse en tí.

—
Comparo á las mujeres
con las cerezas
en que se ponen rojas
cuando se enredan.

RICARDO J. CATARINEU.

La muerte de un justo

—Pienso como tú—me dijo mi amigo, paladeando el último sorbo de café y encendiendo un cigarrillo, cuya primera nubecilla de humo azulado fué á estrellarse en el cristal que resguardaba un dibujo de Rosales. —La realidad, la Naturaleza, lo que en el lenguaje del arte y la literatura llamamos *el natural*, produce con frecuencia cosas, gentes y sucesos que parecen inverosímiles en fuerza de ser extraordinarios. No hay imaginación que invente lo que á veces da *el natural*; no hay fantasía desordenada de poeta romántico, ni falso escepticismo de incrédulo maníaco, que conciben hechos como los que se dan en la vida diariamente...

Después variamos de conversación, y como hacía tiempo que no nos veíamos, porque él había estado algunos años ausente de Madrid, empezó á preguntarme por varios de los compañeros que comenzaron la carrera con nosotros.

—¿Qué se hizo de Pepe Vareda?

—Entró en la carrera judicial, se casó con una chica riquísima, pescó distrito, y olvidándose de aquellos discursos internacionalistas que pronunció en San Ilidro durante la revolución, ¿te acuerdas?... Pues es hoy conservador, ultramontano, y mantiene á una ex bailarina.

—¿Y Marcos Cea?

—Dejó el Derecho, intentó prepararse para arquitectura, después para ingeniero agrónomo, creo que hasta estudió dos años de medicina, y un día le encontré con uniforme de teniente de lanceros; ahora vive *asociado* con aquella que tuvo de patrona en la calle del Codo.

—¿Y Antonio Sobrede?

—Ejerce la abogacía explotado por uno de los primeros jurisconsultos de Madrid, que es diputado y jefe de grupo: todo el peso del bufete lo lleva Antonio: el otro firma los escritos... y total, le da ocho mil reales al año.

—Y á Juan Gueraza, ¿le ves?

—Murió... Mira, apropósito de lo que antes decíamos: precisamente ha sido uno de esos hombres en cuya vida lo real toma aspecto de fabuloso. ¿Te acuerdas qué carácter tan entero tenía? Nunca podré olvidarle. Le recuerdo con respeto, y su muerte dejó en mi ánimo grandes dudas. Vivió esclavo del deber, no transigió jamás con su conciencia, tuvo esa ambición de ser honrado que tan cara cuesta y tan poco produce...

Concluida la carrera, que siguió entre privaciones y desvelos, salió de la Universidad sin medios seguros de existencia, sin que nadie le protegiera. Sus compañeros, confundiendo la inflexibilidad con la soberbia y la terquedad con la entereza, le tuvieron por altivo; los que se vieron inferiores á él le tacharon de orgulloso; los incapaces de comprenderle, le llamaron tonto. Su vida fué una pobreza crónica sostenida por una moralidad incurable. Como enfermo obstinado en no tomar lo que á su paladar repugna, jamás admitió socorro que envolviera dudas para su entendimiento, ó del que su conciencia sospechase malicia; y, como otros por pectora de sangre ó invasión de humores, Juan murió de empacho de honradez.

Había en Madrid, durante una de las épocas en que Juan estaba más tronado, un escritor, mejor dicho, un empresario de periódicos, que quiso hacerse la reputación á costa del prójimo. Fundó el tal una revista; necesitó, según su propia frase, gente joven y con hambre para que le ayudara, y Juan,

recomendado por un amigo, entró de redactor en aquella revista, pero de redactor único. Lo hacía todo: artículos literarios, traducciones y fingidas correspondencias del extranjero; sustituyó al administrador, y hasta ponía fajas, siá ello le obligaban la premura del tiempo ó la obligación que se impuso de tener contento al director. Pronto advirtió éste lo que Juan valía; pero jamás pensó en darle una peseta más de los veinte duros al mes que le había ofrecido. Iba á la redacción temprano, salía un par de horas para comer, y llegada la noche, continuaba hasta bastante tarde encorvado sobre la mesa con un gañán sobre el surco. Así pasó muchos meses; incómodo y pobre en todo tiempo, helado en el invierno y abrasada la frente en las ver-ladas de verano por la irradiación brutal de una lámpara de petróleo, mientras por la ventana del patio á que daba la redacción subían, como alientos fétidos, los malos olores de una vecindad sucia, continuamente arrullada por las coplas estúpidas y los dicharachos soeces de las tiples de fregadero. Cobraba con puntualidad su sueldo; pero sin oír nunca palabra de elogio ni frase de estímulo. Una mañana, al llegar á la redacción, halló sobre su mesa dos libros recientemente publicados, y junto á ellos un volante de letra del director con esta nota: *Para dar cuenta.*

Tomó uno de los volúmenes, que era un estudio literario sobre la poética española del siglo XVII, y examinó luego el otro, libro de carácter técnico sobre los progresos de la náutica, materia de que él no entendía ni jota. Leyó detenidamente el estudio literario, tomó notas, compulsó citas, formó imparcialmente su juicio favorable á la obra, y escribió unas cuantas cuartillas, que puso en manos del director á los dos ó tres días, manifestándole al mismo tiempo que del libro de náutica nada podía decir. — «Con cualquier cosa se sale del paso: cuatro generalidades y basta» — le dijo el director. Después pasó rápidamente la vista por las cuartillas, y como viese los elogios que Juan hacía del libro, le preguntó: — «Tan bueno le ha parecido á Vd., eh?.. Pues vaya, esto no puede ser, porque este señor, el autor, no es santo de mi devoción. Hace años, en Sevilla, se portó mal conmigo, y ahora vá á pagármelas todas juntas. Haga Vd. otras cuartillas... ¡Hay que reventarle ¿eh? pero de firme!» — «El libro está bien hecho» — replicó Juan. — «Pues no importa; reventarle... y escriba Vd. cualquier cosa de la otra obra.»

Juan salió aquella tarde de muy mal humor, y al día siguiente escribió al director diciéndole que se separaba de la redacción.

Al mes de esta aventura, entró en casa de un banquero, y aunque falto de la práctica que su nueva ocupación requería, hizo tales prodigios de laboriosidad, que en poco tiempo llegó á ser el empleado más útil del escritorio. Para Juan no había domingos, fiestas ni descansos; reemplazaba á los compañeros ausentes, entraba el primero y salía el último; hasta tuvo ingratos é hizo envidiosos, prueba clara de que valía y era bueno. Durante el invierno estuvo malo, faltó al escritorio algunos días, y cuando volvió á encargarse de los libros que le habían confiado, vió en ellos algunas cifras raspadas y sus-

tituidas con otras, de tal suerte, que rectificadas las cuentas, arrojaban en beneficio de la casa considerable diferencia.

El banquero, advertido por Juan, repuso: — «No importa, déjelo Vd.; no se meta Vd. en eso. Yo me entiendo...»

Aquella noche Juan se despidió de la casa.

Tenía á la sazón treinta y tres años y era espantosamente pobre; pero como, aunque la pobreza espante, suele haber mujeres de mucho corazón, hubo una, tan desdichada como él, que se enamoró de Juan. De aquel amor nacieron en dos años dos niños monisimos, á quienes la desgracia y las privaciones fueron luego afeando y desfigurando rápidamente. A los tres años murió la madre... ¡Sin duda su destino no la impuso más misión que nacer, amar, ser amada y morir! Otras vidas hay peor empleadas.

Con los gastos de la enfermedad de su mujer y con la falta de empleo, la situación de Juan empeoró por días. Poco á poco fué bajando todos los peldaños de la escala de la desgracia; cada hora que pasaba le hacía más difícil la vida y más penoso el mantenimiento de los niños, á cuyo cuidado no provee esa Providencia que da de comer á los pajaritos. Pero como él no titubeaba al tratar de ganar honradamente lo que había menester, pasó por todo, y aceptando la única colocación que pudo hallar, entró de mayordomo en casa de un título. Los niños quedaron confiados á una vecina de Juan, á quien éste daba casi la totalidad de su salario, privándose hasta de fumar para poder comprar algún juguete que les llevaba cuando iba á verles los días de salida... Entonces les tenía largos ratos sentados en las rodillas; jugaba con ellos, les hacía barcos y pájaros de papel, se los comía á besos, y en las caricias que sus muñecos le prodigaban, bebía la energía que á su corazón iba faltando.

Pasó algún tiempo relativamente tranquilo, pero un suceso inesperado vino á dar al traste con su reposo.

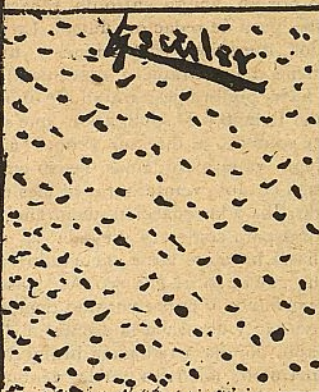
Una noche sorprendió involuntariamente á la señora con su querido. La pareja culpable, al verse descubierta, se creyó perdida y trató de comprar con dinero el secreto; pero Juan se negó rotundamente á ser encubridor de aquella infamia, y se marchó de la casa.

Desde aquel día, de nada le valieron la resistencia en la lucha ni la calma en el sufrimiento. Sus ropas llegaron á convertirse en harapos, sus pocos muebles pasaron á manos de prenderos, y comenzó á vivir de limosna; pero no de esa limosna pedida en la calle al desconocido, sino de aquella otra más humillante todavía que hacen al pobre los que en su miserable albergue le rodean. Las gentes de la casa que habitaba le cedieron un desván, y cada día de la semana una familia diferente le guardaba los restos de su frugal comida, es decir, los garbanzos fríos, las patatas deshechas, algunos pedazos de pan; lo que se lleva el aguador en las casas donde no hay perro. El sillero del patio, la cigarrera del corredor número dos y la tendera de la esquina, tenían cuidado de los niños mientras Juan salía en busca de trabajo: él pagaba á aquellas compasivas gentes escribiéndoles cartas ó memoriales, dándoles

TRAS LA CRUZ... POR ESCALER



—¡Una luciérnaga!

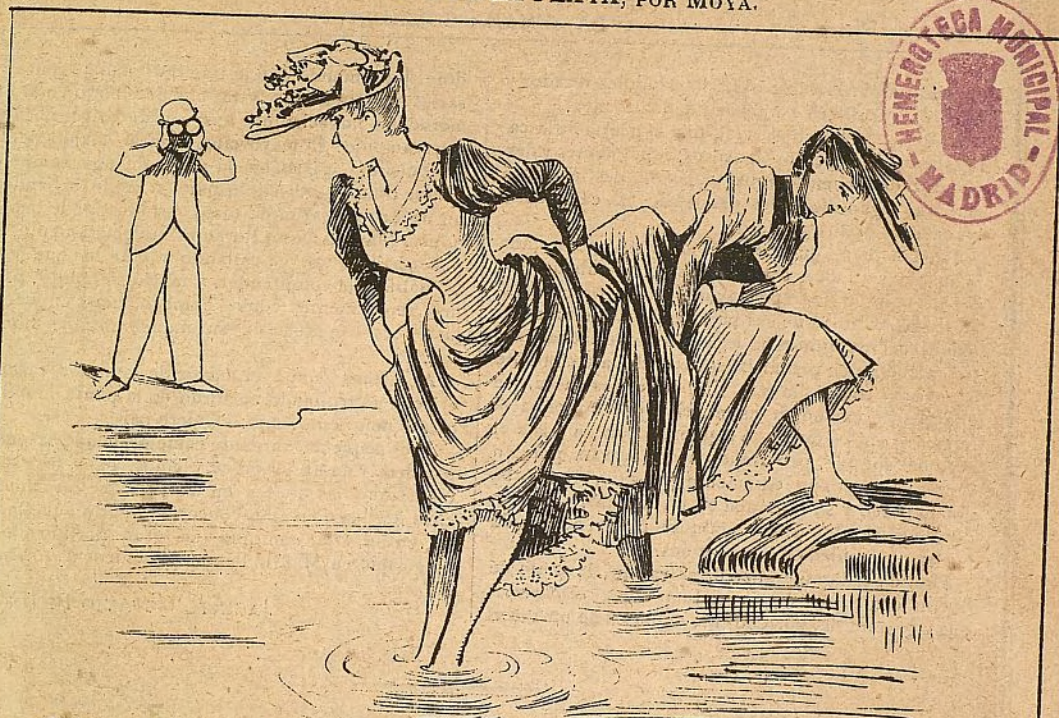


—Pues poquito que le gustan esos animalitos
á Pepita; voy á llevársela.



—¡Eh! ¿vá V. á dejarme en paz?

ECOS DE LA PLAYA, POR MOYA.



—¡Qué entusiasmado está Pepín con nuestros bajos! ¡Poco recuerda él que se los sabe de memoria, de tanto verlos en el escenario del Tivoli!



¡A la una! ¡á las dos! ¡¡á las tres!!!

consejos, algunas veces hasta haciéndoles recados y ayudando al sillerito a limpiar y teñir la enea.

Entre tanto, los chicos crecían a la puerta de la calle, sucios, harapientos, mocosos, repugnantes y desvergonzados, como frutos malsanos destinados a madurar algún día en los patios de las cárceles o las cuadras de los presidios.

Por fin, Juan, quebrantado el ánimo y agotada la resistencia física, cayó enfermo... Tumbado sobre un montón de trapos, amodorrado y triste, dejaba pasar las horas de sus pertinaces insomnios sin tener recuerdos gratos ni esperanzas que evocar, entreteniéndose en contar las grietas de la techumbre o en mirar cómo, día tras día, hora tras hora, se dilataban y extendían las manchas que formaba la humedad en los muros, o siguiendo con la vista el rayo del sol que, penetrando en su desván por un ventanuco, variaba lentamente de sitio, resbalaba por la pared y se quebraba en un ángulo, disipándose luego su mancha luminosa como absorbida por la obscuridad de los rincones.

Perdida toda esperanza de salvación, la gente de la casa comenzó a decir que Juan debía disponerse, y la cigarrera del corredor fué en busca de un sacer-

dote. Juan mandó que le trajeran los niños para besarles por última vez, y los chicos subieron mal humorados e impacientes, ansiosos de volver al juego interrumpido. El mayorcito, con la mano dentro del bolsillo, acariciaba la punta de un trompo; el menor traía puesto en un palo, a modo de bandera, un pedazo de cartel de toros arrancado de una esquina. Juan les besó, llorando silenciosamente, sin poder hablar, tal vez callando adrede lo que ellos no habían de comprender, y murió tranquilo, pacífico, serenamente, como hombre conscientemente justo, casi orgulloso de su inquebrantable honradez...

Al mismo tiempo, el mayor de los niños, sacando el peón y arrollando en torno de la punta un bramante mugriento, dijo: «Quiero pan.»

Y el pequeño, abriendo cautelosamente la puerta por detrás de un grupo de vecinos, bajó las escaleras saltándolas de tres en tres, porque los muchachos del barrio tenían concertado para aquella tarde, en un solar contiguo, un gran partido de ese juego que en Madrid llaman los chicos a justicias y ladrones.

JACINTO OCTAVIO PICÓN.

LA OREJA

Tanto entendía de toros el bueno de D. Gil, como de hablar en caldeo.

Para él una *verónica* era una mujer llorosa y enlutada; un *par al cuarteo*, algo del antiguo sistema monetario; un *bicho listón*, algo así, como un gomo-so con trage de lanilla con rayas.

Educado en un pueblo incivil cuyos vecinos desconocían el gran arte de Pepe Hillo y Cúchares, y no conocían más Lagartijos que los machos de las lagartijas, ni pensaban en más Badilas que las usadas para escarabajar la lumbre, no pudo ilustrarse naturalmente, aprendiendo siquiera los rudimentos del toreo, indispensables hoy para todos los actos de la vida.

¡Padres que teneis hijos! ilustradlos; que desde pequeños comiencen a hablar caló y aprendan a manejar las banderillas al propio tiempo que los libros de latinidad. Que recordando a Horacio, den pases a la criada, y piquen a la portera para aprender figuras geométricas.

Así podrán presentarse en la sociedad elegante y estropear el castellano, según la moda *dernière*.

Es, pues, el caso, que nuestro don Gil, hombre de educación tan deficiente como acabamos de demostrar, encontró colocación en el Ayuntamiento, donde le *metieron* de concejal, en premio a sus largos años de práctica en la carrera del comercio de ultramarinos, donde había labrado una fortuna, gracias a su práctica en el peso, donde colocaba sutilmente el dedo gordo para hacer caer con rapidez la balanza que contenía los fideos, o el azúcar terciado o los berberiscos dátiles.

D. Gil era sordo, de resultas de una herida que

recibió en su pueblo antes de establecerse en la capital.

¡Qué tristes detalles los que originaron esta desgracia!

Estaba de caza; tendido a cuatro piés o a cuatro manos, como él cuenta, acechaba una hermosa liebre, que después se supo era la gata del albeitar.

El médico, metido entre breñas y jarales y recibiendo perpendicularmente los rayos del sol que le producían una irritación en ambos ojos, observó de repente a quella extraña figura, y después de quitar los perdigones de su escopeta, la cargó con bala al ver caza mayor, apuntó, y... ¡catapún! don Gil cayó dando gruñidos.

El médico le había tomado por un jabali.

Y demostró no ser muy craso su error, apoyándose en el testimonio de su perro, que al olerle tuvo su mismo pensamiento, puesto que le arremetió.

Así don Gil, al asistir a las sesiones del Municipio, excusándose con su sordera, hacía lo que otros muchos tenderos de la corporación, que solamente dicen sí o no, o no dicen nada, a pesar de lo cual publica algún diario su biografía, diciendo en ella, a falta de otros asuntos, los hijos que han tenido en legítimo matrimonio, los nombres de las aves de su corral y el color de los gabanes y chalecos que han usado.

Porque, en teniendo buenas manos un señor del Municipio, es decir, en sabiendo dónde tiene la mano derecha, maldita la falta que le hace ser orador ni tener desarrollado el órgano auditivo, pues le basta hacer a todo oídos de mercader.

Bastante tenía don Gil con atender al desempeño de una comisión de las más solicitadas en aquella corporación, para la que le nombraron, atendiendo a sus parroquianos en los ratos de ocio; pero el hado fatal, que se ensaña hasta en las personas conce-

jiles y en los tenderos, le condujo á lo que él nunca pensara.

No le valieron excusas ni se tuvo en cuenta la sólida argumentación en que basó su negativa, demostrando que en su vida había asistido á la plaza de toros ni aun como mero espectador, siéndole imposible, por consiguiente, dirigir la corrida que se le encomendaba; así, que no habiendo otro remedio, colgóse al pecho una condecoración y se fué con su sobrino á ocupar la tribuna, desde donde había de dirigir la sesión que celebraban bipedos y cuadrúpedos.

Como es sabido, el circo taurino es el sitio donde se hace gala de finos modales y donde se prodigan los epítetos más dulces. Al llegar D. Gil un minuto más tarde de lo que debiera, fué saludado con una silba piramidal.

— ¡Gracias, amado pueblo! — exclamaba agitando el sombrero al escuchar aquel ruido que llegaba á su oído en forma de alabanzas — ¡gracias!... ¡no sabéis lo que os agradezco esta manifestación de simpatía.

Y se sentó saboreando su dicha y un puro con pintas trasatlánticas.

Su sobrino le indicaba las señas que había de hacer con el pañuelo para las diversas suertes.

Todo fué bien durante la lidia del primer cornúpeto. Llegó la hora de despedirse para el otro mundo; escarbó el animal la arena con las patas, haciendo signos, que eran las mandas que hacía en su testamento, y espiró de un soberbio golletazo.

El público dió rienda suelta á su entusiasmo.

Por todas partes se oían ¡bravos! y ¡olé! y caían al ruedo sombreros, bastones, paraguas, tabacos, y hasta chaquetas y pañuelos sucios.

El presidente, al ver tanta generosidad, contribuyó también con su óbolo, derramando sus bolsillos llenos de confites y castañas pilongas de la tienda.

Los taurófilos, cada vez más enardecidos, pedían que se le concediera la oreja al matador *Babuchas*.

— ¡No oye Vd., don Gil? — le decía su sobrino — piden la oreja.

— ¡Cáspita! ¿para qué?

— Es costumbre.

— ¡Ah!, por eso si que no paso.

— Es preciso, si queremos dominar la situación. Puede ocurrir un conflicto.

— Digo que nones.

— ¡La oreja! — ¡La oreja! — ¡Que baile el presidente! ¡que le lleven al corral! ¡que conceda la oreja.

— ¡Por todos los diablos! exclamaron algunos amigos interviniendo — conceda Vd. la oreja ó destruyen el edificio.

— ¡Es absolutamente preciso!

— ¡Sí!

— ¡Pues allá va!

Y con un desprendimiento sin igual en la historia, levantóse, agitó con una mano el pañuelo como para pedir orden y dando con la otra un fuerte tirón á su oreja derecha, ¡se la arrojó al diestrol

Todo el mundo alabó aquel acto. El novicio presidente recibió tan descomunal salva de aplausos

que los que asistieron á la fiesta aun tienen callos en las manos.

La oreja arrojada, ¡era de cera!

D. Gil la llevaba postiza de resultas del tiro que le disparó el médico.

El Babuchas, al enseñar sus gloriosos trofeos, hace admirar entre las orejas de toros que conserva, una que está en el centro entre laureles y tomillos.

Es la oreja del concejal.

JULIO VICTOR TOMEY.



Único encargado de la venta de LA SEMANA COMICA en Barcelona: D. Juan Tasso, kiosco de la Rambla de las Flores, frente á la calle del Hospital.



— Diga Vd.: ¿es verdad que los refranes nunca mienten?

— No señor; nunca.

— Pues me alegro. Porque así tengo la seguridad de que Eleonora Duse está muerta por mis pedazos; que me quiere, vamos.

— ¡Diablo!

— Si señor: «quien bien te quiere te hará llorar»; es así que la Duse me hace llorar cada vez que la veo, luego la Duse me quiere muchísimo.

Y esto es lógica y lo demás es agua.



Un gazapo.

De *La Dinastía* ¡claro!

Habla del incendio ocurrido el lunes por la noche en una casa de la calle del Carmen, y dice:

«Este (el fuego) *logróse apagar* (¡quía! no señora: lograron apagarlo los demás) no sin grandes esfuerzos, pues había tomado bastante incremento, gracias á la actividad desplegada por aquellos intrépidos empleados.»

Debo advertir que estos intrépidos empleados son los bomberos.

Los cuales deben haber hecho algun daño á *La Dinastía*, para que esta asegure, como asegura, que, gracias á su actividad... tomó incremento el incendio.

¡Que esto es precisamente todo lo contrario de lo que *La Dinastía* quiso decir!

¡Pues, amigo, fastidiarse!

¡Haberlo dicho!



Vaya, que si á mi me subvencionaran, escribiría un poquito mejor.

Imp. Militar de Calzada é Hijo Arco del Teatro. 9, Pasaje

PETICIÓN DE MATRIMONIO, POR PONS.



—Pero, para mantener á mi hija ¿con qué cuenta Vd?
 —Pues mire Vd: yo cuento siempre con los dedos.
 Es el medio seguro de no equivocarme.

ANUNCIOS

CORRESPONSAL
 EXCLUSIVAMENTE ENCARGADO DE LA VENTA Y EXPENDICIÓN
 DE

La Semana Cómica

EN MADRID
 D. JULIAN RODRIGUEZ
 Kiosco de la Universidad.—Plaza de Santo Domingo

CORRESPONSAL
exclusivamente encargado de la venta

LA SEMANA CÓMICA

EN VALENCIA
 D. JULIAN PERIS MENCHETA
 Calle de Entenza, núm. 40

CORRESPONSAL
 DE
 ◆◆ **LA SEMANA CÓMICA** ◆◆
 EN LA REPÚBLICA DE MÉXICO
 D. RAFAEL B. ORTEGA
 Primera de Santo Domingo, número 12.
 MÉXICO

CORRESPONSAL
 DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN GUATEMALA
 D. Antonio Partegás
 Octava Avenida Sur.—Almacén
 GUATEMALA

CORRESPONSAL
 DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN LA REPÚBLICA DE VENEZUELA
 D. Antonio S. de Bethencourt
 Calle del Sur, núm. 4.
 CARACAS

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA

DE LA SEMANA CÓMICA

EN PARIS
 Madame Schneider
 KIOSCO 50.—BOULEVARD MONTMARTRE

AGENTE ENCARGADO DE LA VENTA
 DE

LA SEMANA CÓMICA

EN PARIS
 MADAME LEMAITRE
 KIOSCO 34.—BOULEVARD DES ITALIENS

CORRESPONSAL
 DE
LA SEMANA CÓMICA
 EN LA ISLA DE CUBA

Señora Viuda de Pozo é Hijo
 Galería Literaria
 Calle del Obispo 55.—Librería
 HABANA

LA SEMANA CÓMICA
 PERIÓDICO LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO.
 Colaboran en él los mejores literatos y los mas
 celebrados dibujantes

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Barcelona.	Trimestre.	1'50 ptas
Fuera.		2'50

REDACCION Y ADMINISTRACION
 Vertrallans, 3, 1.º—Barcelona

Despacho, todos los días laborables de 2 á 4 tarde